

CARTAS CONSERVADORAS

ESCRITAS

EN LOOR Y APOYO DE LA POLÍTICA CANOVISTA,
Y DIRIGIDAS A LOS BUENOS CONSERVADORES DE ESPAÑA Y SUS ISLAS
POR UNA SOCIEDAD DE ADMIRADORES DE LOS GRANDES PRINCIPIOS,
LOS GRANDES HOMBRES Y LAS GRANDES COSAS
DE LA SITUACION ANTERIOR.

CARTA-PROSPECTO.

LOS DOS OBJETOS.

Sr. D.....

Madrid 21 de Marzo de 1881.

MUY SEÑOR NUESTRO: ¿Llegará á figurar en el salon de conferencias del Congreso el retrato del Sr. Romero Robledo? ¿Obtendrá del porvenir este homenaje artístico el ilustre protector de los soberanos de la Mancha, el que, con asombro de Mónaco y de Baden-Baden, ha sabido hacer de la ruleta una institucion, de Quevedo Donis un Loris Melicoff y de los maltratados por la justicia el nérvio más importante de esta sociedad? ¡Quién sabe! La duda es legítima tratándose de un país en que, forzoso es decirlo, el olvido es una especie de vicio nacional. Diez y seis años lleva, lo ménos, el Sr. Romero Robledo de vida pública, y ni un solo día le ha vencido en ellos el deseo gárrulo de abrir un libro de política, de filosofía ó de historia; porque sabe que la ciencia es un estorbo y los sábios una calamidad pública; porque está persuadido de que en las medianías de inteligencia y de carácter es donde la política de resultados prácticos tiene su fuerza y su secreto. Diez y seis años, durante los cuales ha sabido imponerse el deber de ser hombre principal, ya gritando en Alcolea *¡Abajo los Borbones!* para que Adelardo Ayala le hiciese subsecretario; ya dando los primeros vivas al duque de Aosta, para que Zorrilla le incluyese en la comision de Florencia; ya declarándose progresista, en el Senado, para que Sagasta le nombrara ministro; ya, en fin, despreciando, como antiguallas ridículas, la consecuencia y el pudor, para pasar por encima de las dificultades. Y sin embargo, la traidora conciencia pública se ha empeñado en que el Sr. Romero Robledo no cubra uno de los medallones del salon de conferencias del Congreso, no porque sus méritos sean inferiores á los de Martínez de la Rosa, Bravo Murillo, Olózaga, Rivero y otros varones insignes, sino porque Silvela, *Mefistófeles* del poema conservador, preparó las cosas de tal modo que dos veces que intentamos dar el asalto, dos veces caímos en el foso; y lo que es más horrible, Romero, debajo del rotundo y pesado conde de Toreno, á quien, despues que se despachó á su gusto, tuvimos que votar para la presidencia, sin que él mismo se haya dado cuenta de cómo ni por qué.

Pero estas cosas y otras que la prudencia nos impide revelar, ha consentido D. Antonio Cánovas con los buenos y con los útiles, para encumbrar y halagar á un puñado de caballeros que, odiados de todos los partidos, han venido á refugiarse en el conservador, con una lealtad cartaginesa. Ya dirá nuestro respetable colega *La Patria* quiénes son esos fariseos y ya les arrojaremos de nuestro lado, si no se purifican, ahora que soportamos la oprobiosa situacion liberal del 8 de Febrero.

¡Qué diferencia entre nuestra situacion y la actual!

En aquella, la Monarquía, encerrada prudentemente en un círculo de hierro, en que sólo se respiraban ideas tradicionales, preservábamos al Rey de todo contacto con el espíritu liberal; en ésta, la Monarquía, expuesta á todas las influencias de la opinion y en roce con todos los intereses públicos, está á punto de darse la mano con la democracia que ha gobernado en España, desde el año 68 hasta el 74, y que gobernaría de nuevo con los hombres de la fusion, si un funesto patriotismo les inspirase la idea de unirse para evitar revoluciones y trastornos é impedir que el país sea eternamente patrimonio de los conservadores. En aquella, el orden público, que nadie pensó alterar, nos servía de espantajo para que el Rey desconfiara de los liberales y se entregase, ciegame, en nuestros brazos; en ésta, el orden público, fiado á la conciencia popular, está asegurado hasta contra nosotros mismos, si algún día nos acordáramos de que hemos sido más conspiradores y más revolucionarios que ellos. En aquella, una administracion sábia en Cruzada Vi-



llaamil, dadivosa en Serrano Alcázar, moral en Botella, desinteresada en Sedano, sería en Villaverde, respetable en Jove y Hevia, marcial en Fuente-Fiel, reparadora en Estéban Collantes, filosófica en Corbalan, agro-musical en Cárdenas, integérrima en Alba Salcedo, infalible en el conde de las Almenas y, finalmente, cosmopolita en Lopez Guijarro, hacía insensiblemente la felicidad de la patria. Lo de los *marchamos*, fué una grosera calumnia contra empleados probos que, si estuvieron más ó ménos tiempo en el Saladero, fué por acallar la voz insolente de las oposiciones. Lo de las falsificaciones de la Deuda, un cuento. Lo de la alteracion de libramientos, una genialidad de Cos-Gayon que, por echárselas, á última hora, de hombre de carácter, dió lugar á que la maledicencia se cebára, cruelmente, en respetables amigos nuestros. Lo de las doscientas y pico de irregularidades administrativas, en Madrid, Toledo, Valladolid, Jaen y casi todas las provincias, hechos aislados cometidos por funcionarios que nos dejó la revolucion y que nosotros respetamos, por un exceso de bondad. Lo de la Caja de la Direccion de Establecimientos penales, para las obras de la Cárcel modelo, un descuido de Alberto Bosch (¡quién no se descuida una vez!), por fiarse de un empleado inteligente que le dejó Santa Cruz. Lo de los montes y pinares de la provincia de Cuenca, una extravagancia del antiguo polaco Navarro de los Paños que, por cierto, quiso ir por lana y salió trasquilado. Lo de los asentistas de Cuba, de que tanto se escandalizaron los periódicos liberales, un negocio lícito, perfectamente lícito, como demostró, en las columnas de *La Política*, nuestro respetable amigo el conde de Casa-Sedano. Las quiebras recientes en la Bolsa, que arruinaron á algunos banqueros, á varios agentes y á muchos incautos, no fueron un artificio de los hombres de la situacion, para elevar el crédito y, á su sombra, hacer una ganancia pingüe, sinó azares del juego, que, como es sabido, tiene sus caprichos, sus triunfos y sus desengaños, segun nos dijo por entónces el amigo Bisso, en *La Epoca*. Pero aunque todo esto hubiese sido cierto, ¿qué probaría en último caso? Pues no probaría otra cosa sinó que nuestros amigos, desde los más modestos hasta los más conspicuos, habian tenido bastante talento para poner sus intereses en relacion constante con los intereses del Estado, las provincias y los municipios y para, al mismo tiempo que fomentaban y desarrollaban éstos, fomentar y desarrollar los suyos: conducta que no reprobará el más rígido y más meticoloso moralista.

Pero ¡qué insensato país! Hubo un día en que, deseando nuestros amigos echar el resto y hacer, de una vez, la felicidad de España, anunciaron que iban á arreglar las deudas. El pensamiento se traslució y se hizo sentir en la Bolsa; vinieron banqueros ingleses, llamados por nuestro digno amigo el respetable hacendista Sr. Bahamonde y por los hombres de negocios Rovira, Sedano y Jordy; pasó lo que pasó con el coche del ministro; se amostazó Cos-Gayon; desistió del plan; se rehizo más tarde; preparó el proyecto de ley; lo llevó á la real firma, para presentarlo al día siguiente á las Córtes, y aquí fracasamos, sin que nos valiesen los alardes de fuerza que veníamos haciendo, con las mayorías parlamentarias y sin que nos escudase la proposicion de bloqueo que, allá por Junio, le hicimos presentar en el Senado al famoso conde de Casa-Galindo, diciendo, poco más ó ménos, al Rey: «Señor: el día que V. M. se deshaga de nosotros y llame al poder á los fusionistas, estará en peligro vuestro trono y gravemente comprometidas la paz pública y la prosperidad del país.»

Caímos, y la opinion, ingrata y veleidosa, ni se acuerda ya de lo mucho que nos debe, ni nos tiende una mirada de respeto sinó que nos toma en caricatura y se ceba en nosotros con inaudita crueldad.

Por lo demas, nuestra obra de seis años y lo que de ella ha podido realizarse, en este tiempo, largo para los que nos han relevado antiparlamentariamente, corto para los que profetizaban *veinte años de poder*, no es el primer capítulo de una epopeya de gratitud que la Historia ha de consignar en nuestra alabanza, sinó toda una série de gracias y beneficios de que han disfrutado, en primer término, el país, y en segundo y más directamente, nuestros amigos, esos amigos solícitos y cariñosos de ayer, hoy tan faltos de fé y de valor, no obstante nuestras recomendaciones para que sigan gozando, como buenos conservadores, de las primicias del presupuesto.

No cometeremos la torpeza de reconvenir á nuestros amigos por su olvido ó su indiferencia, como lo ha hecho ya, varonilmente, el Sr. Serrano Alcazar, ese animoso paladin del partido conservador, ante cuyos favores y generosidades resulta pálida la figura interesante de D. Enrique, el de las Mercedes; pero, sin incurrir en semejante ligereza y salvando toda alusion que nuestros adversarios puedan devolvernos en amarga censura, séanos lícito recordar lo que hemos hecho en los últimos seis años, breve pulsacion de esa eternidad conservadora que había soñado en los espejismos de su rica fantasía el egregio conde de las Almenas: ¡lástima grande que no haya sido verdad tanto presupuesto!

Formamos en 1874, como todo el mundo sabe, un ministerio, en cuya composicion hicimos entrar la levadura revolucionaria, presidiéndole, por fortuna, el eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo, del que no ha podido la enemiga crítica decir otra cosa sinó que es un *mónstruo*. Pues si es un *mónstruo*, y en esto todos estamos conformes, ¿qué no podremos decir del Sr. Romero Robledo, brazo derecho del Sr. Cánovas y editor responsable del partido conservador?

Comprendemos que es innecesaria la defensa tratándose de varon tan justo, tan prudente, tan bien educado y tan cumplido caballero, cómo el insigne hombre de Estado don

Francisco Romero Robledo. ¿Pero cómo resistir á la tentacion de no comparar, para escarnio público, hombre con hombre, ministro con ministro, Romero Robledo y Gonzalez (D. Venancio)? Este, *encarnacion en el fondo y en la forma del progresista de pura sangre, de esa pléyade ya tan escasa de donde ha salido tanto amigo nuestro*, hoy tratados de tráfugas, que tanto brillo y negocio han hecho y siguen haciendo en el ruidoso mundo de la política, se ha levantado nada ménos que á la altura á que había llegado por sus merecimientos el popular ministro que sabe salir diputado á Córtes lo mismo por acumulacion que por Antequera.

Comparad, correigionarios y amigos, hombre con hombre, ministro con ministro. El uno embarca sus partidarios y cierra el puerto: el otro acepta la clausura y respeta el flete. El uno reparte entre los suyos el presupuesto del Estado: el otro pone sobre la mesa del festin el baston de mando, como si se tratara de recoger el dinero contenido sobre un tapeete verde, como acostubrábamos nosotros á hacerlo siempre que se trataba de acometer actos que redundasen en provecho de los asilos benéficos y establecimientos de caridad. Y no paremos nuestra mirada en el Sr. Abascal, este nuevo adalid que ha salido á la Necrópolis y á los derribos de la calle de Sevilla; porque este señor se propone nada ménos que enjugar déficits cuantiosos del municipio, elaborados, en opinion de aquellos mismos que más tienen por qué callar, con pretexto de las corridas de toros y al calor de las iluminaciones en honor á SS. MM. ¡Trabajo le enviamos al Sr. Abascal si ha de ocurrir, con mano honrada, á todas esas distracciones con que el público clamoreo, de la opinion y de la prensa, viene atronando los oidos de las gentes, desde hace seis años. Por mucho que se afane el Sr. Abascal, no encontrará, estamos seguros, el menor rastro de ninguna de esas filtraciones de que, con lamentable equivocacion, habla el vulgo y que sólo existen en la calenturienta imaginacion de nuestros detractores. Del nuevo consejero de Estado, D. Bernardo Iglesias, no queremos hablar: es de esos tipos á quienes se pone los millones de Crespo en una mano y la honradez en la otra, y se queda sin los millones. Excusado nos parece decir que del personaje sin prestigio y sin talento de la política gobernante, señor Sagasta, podemos prescindir. Como Guizot, el gran presentidor de nuestro Cánovas, excluyó á España, é hizo bien, del libro de la Historia, así tambien podemos y debemos prescindir nosotros del actual presidente del Consejo de ministros, de quien dicen lenguas cortesanas, que es objeto en Palacio de las mayores atenciones, debidas, en su mayor parte, á la imparcialidad, á la justicia, á la educacion y al agrado con que sabe revestir todos sus actos: ¡como si esto pudiera encararse contra nuestro respetable amigo el Sr. Cánovas, cuya alteza de miras trató de medir egregia dama, en un momento de buen humor, coronándole de espinas, bajo el mortificante título de Antonio I!

¡Cánovas!

¡Sagasta!

¿Cabe comparacion entre estos hombres?

¿Debemos entablar el paralelo?

Nadie mejor que los amigos de una y otra parte lo pueden decir.

Pocos habrá que no tilden al Sr. Sagasta de ingrato y poco comunicativo. No se da el caso de que haya hecho rico á nadie. En cambio el Sr. Cánovas ha hecho millonarios á más de ciento. ¿Cómo? ¿De qué manera? No lo hemos de decir nosotros. Cuando se quiere servir á un amigo siempre se encuentra callejuela á mano: á espaldas de la ley, en frente de la ley, á su amparo mismo, ó saltando por ella.

Y no vaya á creerse que el Sr. Cánovas es hombre que no sabe distinguir de colores, es decir, que sirve á todo el mundo. Por ahí anda un pobre loco (si es que el diablo ó la fusion no se lo han llevado), que ha dado, desde hace mucho tiempo, en la manía de creer que ha dispensado favores al Sr. Cánovas, cuando éste era estudiante de leyes y aquél maestro de escuela en Colmenar Viejo; pues que diga el famélico pedagogo si alguna vez, de las muchas que lo ha intentado, ha hecho incurrir al Sr. Cánovas en la debilidad de atenderle, advirtiéndole que este postulante se ha permitido, más de una vez, la impostura de decir que no se había acercado nunca, como pretendiente, al Sr. Cánovas, sinó como padre cariñoso que vuelve á ver, despues de larga ausencia, al hijo idolatrado.— ¡Para el bobo que te crea!—habrá dicho para su sombrero de tres picos el Sr. Cánovas: detrás de esas mentidas muestras de cariño, el mezquino interés esgrime siempre su sable.

Pero seríamos interminables en el elogio si continuásemos pasando revista á las relevantes prendas de carácter que adornan al Sr. Cánovas, y algo nos queda por decir de otras cosas y de otros rasgos de nuestros hombres políticos tan vilipendiados en las *Cartas fusionistas* de Juan Sanchez.

¿Acaso los fusionistas han pretendido sacarnos los colores á la cara con la clausura de las casas de juego. Tambien en nuestro tiempo se cerraban, cada martes y cada jueves, y todo se hacia sin escándalo y con la anuencia de los jugadores, lo que prueba hasta qué punto era respetada nuestra autoridad. Allí donde un inspector de policia se presentaba, bien podía asegurarse que brotaba el oro de la caridad cristiana y de la filantropía ministerial, en abundancia.

De la reposicion de los catedráticos no queremos ocuparnos; sobradas masas de doctores honradísimos tiene la *Union católica* que han sabido protestar.

No envidiamos, ciertamente, al Sr. Albareda la gloria que ha alcanzado con su explosi-

va circular. Lo que la irreflexion destruye en un momento, volverá á levantar la prudencia y el maduro juicio de Orovios y Torenos.

Se alaba por los fusionistas esa comezon incomprensible y absurda de hacer en un mes lo que los grandes políticos del partido conservador no pudieron hacer en seis años, y sin embargo, en cuarenta días que llevan de poder no han logrado entrar sinó en muy pocas capitánias generales, como puede demostrarlo nuestro ilustre amigo el civilizador de los igorrotos, general Primo de Rivera.

Respecto á nombramientos diplomáticos, ya es otra cosa. Aquí la fusion, ¡rubor causa decirlo! se ha despachado á su gusto. ¿Quién había de decir al erudito legendario, señor marqués de Molins, que iba á ser reemplazado por el duque de Fernan-Nuñez, persona desconocida, completamente, en la buena sociedad de la elegante Europa y de cuyas tacañerías es lo único de que tienen conocimiento las mil y quinientas familias que, en España y fuera de ella, viven á la sombra de las propiedades de este duque liberal?

¿Qué será de Turquía, se nos ocurre preguntar, meditando reposadamente, no representándonos en aquel país el activo, el incansable, y hasta el indormitable marqués de Villamantilla? Sospechamos que hasta que vuelva á Constantinopla este sublimado diplomático, que tan excelente papel ha hecho en los últimos congresos internacionales, no se abrirá la Sublime Puerta.

Pues ¿y Valera? ¿Qué hará en Lisboa despues de haber pasado por allí el señor conde de Casa-Valencia, que siempre se ha pasado de listo?

Del bosquejo rápido y sucinto que, sin querer, venimos haciendo de la política imprudente, desacertada é infecunda de la fusion, salta, por decirlo así, á la vista ese cuadro deslumbrador de la política conservadora, al que no podemos volver los ojos sin que el dolor del eden perdido nos arranque abundosas lágrimas.

En virtud de lo expuesto, suponemos, Sr. D...., que resultarán claros para Vd. los dos objetos de estas CARTAS que nos permitimos recomendar á su favor. Los pueblos experimentados, los partidos y los hombres que se estiman en algo, no pueden olvidar. Es necesario, es justo, es imprescindible, es vital que recuerden nuestros amigos todo cuanto nos deben y lo que hubiera sido de ellos si, sordos á sus pretensiones, insensibles á sus desgracias, no les hubiésemos amparado.

Sería injusto, monstruoso que, caídos, no nos ayudáramos unos á otros. La hora de la lucha se aproxima y todo hace creer que venceremos en ella, porque nuestros son todavía los alcaldes, ménos los de barrio, y los diputados provinciales, ménos unos cuantos que nos han vuelto las espaldas, y nuestros tambien muchos empleados muy *sabidos* en materia de expedientes, porque saben irregularizarlos en un abrir y cerrar de ojos del fusionista más listo.

No hay que perder de vista que, en política, todas las alianzas son buenas, con tal de que nos lleven al logro de nuestros propósitos. Las honradas masas carlistas nos apoyarán, no lo dudemos.

Consideremos que nos queda aún mucha fuerza para destruir la *fusion*: nuestros organos conservadores están todavía en pié y las Córtes conservadoras van abrir sus puertas al artículo 85 de la Constitucion.

¡Aún hay patria, conde de las Almenas! aún puede realizarse en este país esa novela interesantísima, á lo Julio Verne, de «Veinte años de viaje conservador.»

No olvidemos, además, que lo que mucho vale mucho cuesta y que, habiéndonos pertenecido todas las empresas, todos los negocios, todos los destinos y todo el dinero de este país, y del que aún conservamos una buena parte, urje producir á todo trance una crisis, un motín, un pronunciamiento, una série de petardos, cualquier cosa, en fin, para volver á reconquistar aquella Insula barataria, aquel Jauja conservador que nos han arrebatado, ignominiosamente, cuando ménos temíamos morir y más disfrutábamos de la vida.

Estos son, Sr. D...., los orígenes, propósitos y buenos deseos de que nacen y en que se van á inspirar nuestras CARTAS. Si, como suponemos, es Vd. hombre á quien no le amarga un dulce, es decir, un conservador hasta más allá del 8 de Febrero, esperamos tranquilo que será Vd. suscriptor nuestro.

Por la Sociedad,
SALVADOR LOPEZ.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Las CARTAS CONSERVADORAS se publicarán los martes y sábados de cada semana.
PRECIO DE SUSCRICION: Cuatro reales al mes en Madrid, diez trimestre en provincias y veinte en Ultramar y el extranjero. Número suelto, diez céntimos de peseta.
Se suscribe en la Administracion de las CARTAS, calle de Pizarro, 20, principal, en la imprenta de los señores Cao y de Val, Platería de Martínez, 1, y en las principales librerías de Madrid.